

SANTO ROSARIO Y ORACIÓN CONTEMPLATIVA

JAVIER SESÉ

1. EL ROSARIO, ITINERARIO CONTEMPLATIVO

Al inicio del milenio, el Santo Padre Juan Pablo II nos proponía un ambicioso panorama espiritual y pastoral, decididamente orientado hacia la santidad, y con la oración como punto de referencia decisivo e imprescindible de ese proyecto. Una oración, presentada a su vez, con la hondura y la ambición de la mejor tradición espiritual cristiana:

«Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el *arte de la oración* (...) La gran tradición mística de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, puede enseñar mucho a este respecto. Muestra cómo la oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre (...) Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas «escuelas de oración»*, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón». Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios»¹.

La reciente carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* responde claramente a este objetivo. El mismo Romano Pontífice califica este nuevo documento como «coronación mariana de dicha Carta apostólica» (n. 3), refiriéndose a la

1. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, nn. 32-33.

Novo millennio ineunte, y aclara muy pronto que «el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la *exigencia de contemplación del misterio cristiano*, que he propuesto en la Carta Apostólica» (n. 5).

Después, avanzada ya su reflexión y su enseñanza, se detiene sobre este punto, apoyándose además en palabras de Pablo VI: «El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una *oración marcadamente contemplativa*. Sin esta dimensión, se desnaturalizaría, como subrayó Pablo VI: “Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: ‘Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad’ (Mt 6, 7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorezca en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza”²» (n. 12).

Hacia el final de la carta, cuando habla de las diversas posibilidades en la recitación diaria y semanal del Santo Rosario, Juan Pablo II insiste: «Lo verdaderamente importante es que el Rosario se comprenda y se experimente cada vez más como un itinerario contemplativo» (n. 38). Para añadir todavía, a modo de resumen: «Lo que se ha dicho hasta aquí expresa ampliamente la riqueza de esta oración tradicional, que tiene la sencillez de una oración popular, pero también la profundidad teológica de una oración adecuada para quien siente la exigencia de una contemplación más intensa» (n. 39).

En efecto, una lectura atenta y meditada de la carta apostólica sobre el Rosario, nos muestra, en primer lugar, cómo el Santo Padre, personalmente, busca con afán esa mayor intimidad con Dios en su oración. Desde hace mucho tiempo estamos todos bien convencidos de ello; pero este documento refleja todavía más, si cabe, la profundidad y la altura de la vida interior personal de Juan Pablo II, que en muchos pasajes de la carta se hace particularmente explícita. Apoyada en esa intensa y viva experiencia personal de oración, la enseñanza de la carta abre a todos los cristianos un ambicioso e ilusionante panorama contemplativo, siguiendo el entrañable ritmo marcado por el Santo Rosario. El Papa nos muestra así, de forma viva y práctica, y sin perder su habitual hondura teológica, cómo aprender a ser contemplativos en el rezo de esa popular oración mariana y, desde ella, en el conjunto de nuestra vida.

2. PABLO VI, *Marialis cultus*, n. 47.

Entre los múltiples y ricos aspectos teológico-espirituales que presenta esta reflexión sobre el Rosario, deseo en estas páginas entresacar algunos de los rasgos más característicos de la contemplación cristiana en cuanto tal. Me parece, en efecto, que el Santo Padre resume aquí, de forma certera y clarificadora, buena parte de la enseñanza tradicional sobre la contemplación, precisamente en sus aspectos más esenciales y comunes. Así lo deja entrever él mismo, cuando afirma que «el Rosario forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana» (n. 5).

Sabemos que los conceptos teológico-espirituales de *contemplación, vida contemplativa, oración contemplativa, contemplación mística*, etc., por la riqueza de la realidad que pretenden expresar, admiten multitud de enfoques en su estudio y presentación, numerosos matices diferenciadores en la enseñanza de los grandes santos y maestros espirituales, y en la experiencia viva de millones de cristianos de toda época y de toda condición. Pero, al mismo tiempo, toda esa variedad se ha decantado en un rico poso común a toda vida cristiana en cuanto cristiana, en cuanto verdaderamente orientada hacia esa santidad a la que todos, sin excepción, estamos llamados. Los números del *Catecismo de la Iglesia Católica* dedicados a la oración contemplativa (2709-19) son un buen ejemplo de ello; y esta reciente carta del Papa Juan Pablo II sobre el Rosario ahonda en esa misma dirección: una presentación viva y exigente de la tendencia contemplativa que debe mantener toda oración cristiana si quiere responder de verdad al ejemplo y a la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo.

2. CONTEMPLACIÓN DEL MISTERIO DE DIOS, A TRAVÉS DEL ROSTRO DE CRISTO

Un primer rasgo característico de la más genuina contemplación cristiana, imprescindible precisamente para mostrar su hondura teológica y su continua referencia a la santidad, lo presenta Juan Pablo II cuando habla del rezo del *Gloria*, que cierra tradicionalmente cada decena del Santo Rosario:

«La doxología trinitaria es la meta de la contemplación cristiana. En efecto, Cristo es el camino que nos conduce al Padre en el Espíritu. Si recorremos este camino hasta el final, nos encontramos continuamente ante el misterio de las tres Personas divinas que se han de alabar, adorar y agradecer. Es importante que el *Gloria, culmen de la contemplación*, sea bien resaltado en el Rosario. En el rezo público podría ser cantado, para dar mayor énfasis a esta perspectiva estructural y característica de toda plegaria cristiana.

En la medida en que la meditación del misterio haya sido atenta, profunda, fortalecida —de *Ave* en *Ave*— por el amor a Cristo y a María, la glorificación trinitaria en cada decena, en vez de reducirse a una rápida conclusión, adquiere su justo tono contemplativo, como para levantar el espíritu a la altura del Paraíso y hacer revivir, de algún modo, la experiencia del Tabor, anticipación de la contemplación futura: «Bueno es estarnos aquí» (*Lc* 9, 33)» (n. 34).

El objeto de la contemplación, en efecto, es, ante todo, Dios mismo: Dios tal como es y se nos revela; Dios en su misterio y en su vida más íntima, que ha abierto a sus hijos por puro amor hacia nosotros; Dios en sus tres Personas, y cada Persona en su Divinidad y en su íntima relación vital con las otras dos; una intimidad divina que alcanzamos sólo a través del camino que Él mismo nos ha abierto: la Encarnación del Hijo de Dios, que nos revela el misterio y nos hace partícipes de él; la presencia activa del Espíritu Santo en nuestras almas, que nos hace capaces de penetrar en esa intimidad.

Las mismas palabras del Papa apenas citadas nos muestran otras dos claves de su enseñanza sobre la contemplación, que lo son también de toda la tradición: la contemplación del misterio de Cristo, indisolublemente unido al misterio trinitario y camino para él; el misterio de María, inseparable al misterio de Cristo, y por eso mismo, camino también imprescindible para la contemplación trinitaria.

Recordemos otros pasajes de la carta que desarrollan estas ideas, empezando por la síntesis que hace nada más empezar: «Con él, el pueblo cristiano *aprende de María* a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor» (n. 1). Poco después, resume el objetivo central del documento con las siguientes palabras: «exhortar a la contemplación del rostro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad *contemplar con María el rostro de Cristo*» (n. 3). Avanzada su reflexión, insiste de nuevo: «El Rosario es una de las modalidades tradicionales de la oración cristiana orientada a la contemplación del rostro de Cristo» (n. 18).

Como ha hecho con frecuencia en los últimos años, el Papa pone el acento en ese «contemplar el rostro de Cristo», viendo en la expresión «rostro de Cristo» una síntesis abarcante de todo lo que significa la Humanidad de Jesucristo como camino hacia la Divinidad, hacia la Trinidad. Quizá el momento en que el Papa desarrolla más detenidamente esta idea central del documento y de toda la doctrina tradicional sobre la contemplación cristiana sea al hablar de la Transfiguración del Señor:

«Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol» (Mt 17, 2). La escena evangélica de la Transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan aparecen como extasiados por la belleza del Redentor, puede ser considerada como *icono de la contemplación cristiana*. Fijar los ojos en el rostro de Cristo, descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado a la derecha del Padre, es la tarea de todos los discípulos de Cristo; por lo tanto, es también la nuestra. Contemplando este rostro nos disponemos a acoger el misterio de la vida trinitaria, para experimentar de nuevo el amor del Padre y gozar de la alegría del Espíritu Santo. Se realiza así también en nosotros la palabra de san Pablo: «Reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más: así es como actúa el Señor, que es Espíritu» (2 Co 3, 18)» (n. 9).

Me atrevo a subrayar dos calificativos importantes que introduce en este texto el Santo Padre, refiriéndose al camino humano de Cristo: «ordinario» y «doloroso». Efectivamente, la referencia a la transfiguración como «icono de la contemplación», y a Cristo glorificado y a la Trinidad como meta, como objeto último de la contemplación, puede llevar a una importante confusión, nada infrecuente a lo largo de la historia y en la actualidad: entender por contemplación algo más o menos extraordinario y, como tal, no asequible a cualquiera y no compatible con determinados aspectos de la vida; en particular, con el dolor. Las palabras del Papa, frente a ese posible error, son muy claras: «es la tarea de todos los discípulos de Cristo; por lo tanto, es también la nuestra»; y esto, no a costa de rebajar el contenido y las exigencias de la contemplación (Cristo es tan Verdadero Dios como Verdadero Hombre), sino procurando penetrar de verdad en lo más esencial del misterio de Cristo: la unión de lo divino y de lo humano, y de su Persona con su misión redentora, centrada en el binomio (también inseparable) muerte-resurrección (dolor-gloria).

Así, en consecuencia, la verdadera contemplación cristiana alcanza también a Dios en lo ordinario, y en el dolor (en todo lo humano, en definitiva), como le contempla en la gloria, pues la luz del único y verdadero rostro de Cristo está formada por todos los colores de la vida humana. Precisamente, me parece que la incorporación al Santo Rosario de esos nuevos misterios de luz que el Papa propone, ayuda, entre otras muchas cosas, a enriquecer la contemplación de ese «espectro luminoso» del rostro de Cristo (valga el juego de palabras) y a darle unidad; dicho de otra forma, a descubrir la armonía entre lo gozoso, lo doloroso y lo glorioso en Jesucristo, y por tanto, en nosotros, en nuestras vidas.

En efecto, afirma el Santo Padre: «Esta incorporación de nuevos misterios (...) se orienta a hacerla vivir con renovado interés en la espiritualidad cristiana, como verdadera introducción a la profundidad del Corazón de Cristo, abismo de gozo y de luz, de dolor y de gloria» (n. 19). La clave de la armonía, de la unidad, está pues en el Corazón de Cristo, en el centro de su mismo misterio divino-humano, objeto central de la contemplación cristiana. Idea que nos lleva de la mano a otra fundamental y no menos repetida en la tradición espiritual: esa contemplación es fruto del amor, de la connaturalidad que alcanza el alma enamorada con el objeto de su amor:

«En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo —en compañía de María— este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir “amistosa”. Ésta nos introduce de modo natural en la vida de Cristo y nos hace como “respirar” sus sentimientos» (n. 15).

Estas nuevas palabras del Papa nos invitan a pasar ya de Jesús a su Madre.

3. MARÍA, MODELO DE CONTEMPLACIÓN

No cabe duda que éste es tema central y repetido en el documento que nos ocupa. Recordemos algunos de los párrafos centrales de la enseñanza papal sobre el papel de la Virgen María en la contemplación cristiana, a la luz de la práctica del Santo Rosario:

«Pero en esto, ¿qué maestra más experta que María? Si en el ámbito divino el Espíritu es el Maestro interior que nos lleva a la plena verdad de Cristo (cf. *Jn* 14, 26; 15, 26; 16, 13), entre las criaturas nadie mejor que Ella conoce a Cristo, nadie como su Madre puede introducirnos en un conocimiento profundo de su misterio.

El primero de los “signos” llevado a cabo por Jesús —la transformación del agua en vino en las bodas de Caná— nos muestra a María precisamente como maestra, mientras exhorta a los criados a ejecutar las disposiciones de Cristo (cf. *Jn* 2, 5). Y podemos imaginar que ha desempeñado esta función con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, cuando se quedó con ellos esperando el Espíritu Santo y los confortó en la primera misión. Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la “escuela” de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje.

Una escuela, la de María, mucho más eficaz, si se piensa que Ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al

mismo tiempo, el ejemplo de aquella “peregrinación de la fe”³, en la cual es maestra incomparable. Ante cada misterio del Hijo, Ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1, 38)» (n. 14).

La clave de este papel imprescindible de María Santísima como Maestra en el itinerario contemplativo está, como ya hemos apuntado, en su inseparabilidad con el mismo Jesucristo y su misterio divino-humano y redentor. El Papa lo expresa certeramente en un lugar tan apropiado y decisivo —tratándose del Rosario— como el comentario que hace a la oración del *Ave María*:

«A la luz del *Ave María*, bien entendida, es donde se nota con claridad que el carácter mariano no se opone al cristológico, sino que más bien lo subraya y lo exalta. En efecto, la primera parte del *Ave María*, tomada de las palabras dirigidas a María por el ángel Gabriel y por santa Isabel, es contemplación adorante del misterio que se realiza en la Virgen de Nazaret. Expresan, por así decir, la admiración del cielo y de la tierra y, en cierto sentido, dejan entrever la complacencia de Dios mismo al ver su obra maestra —la encarnación del Hijo en el seno virginal de María—, análogamente a la mirada de aprobación del Génesis (cf. *Gn* 1, 31), aquel “*pathos* con el que Dios, en el alba de la creación, contempló la obra de sus manos”⁴. Repetir en el Rosario el *Ave María* nos acerca a la complacencia de Dios: es júbilo, asombro, reconocimiento del milagro más grande de la historia. Es el cumplimiento de la profecía de María: “Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (*Lc* 1, 48).

El centro del *Ave María*, casi como engarce entre la primera y la segunda parte, es el *nombre de Jesús*. A veces, en el rezo apresurado, no se percibe este aspecto central y tampoco la relación con el misterio de Cristo que se está contemplando. Pero es precisamente el relieve que se da al nombre de Jesús y a su misterio lo que caracteriza una recitación consciente y fructuosa del Rosario (...) Repetir el nombre de Jesús —el único nombre del cual podemos esperar la salvación (cf. *Hch* 4, 12)— junto con el de su Madre Santísima, y como dejando que Ella misma nos lo sugiera, es un modo de asimilación, que aspira a hacernos entrar cada vez más profundamente en la vida de Cristo. De la especial relación con Cristo, que hace de María la Madre de Dios, la *Theotòkos*, deriva, además, la fuerza de la súplica con la que nos dirigimos a Ella en la se-

3. CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 58.

4. JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* (4 abril 1999), n. 1.

gunda parte de la oración, confiando a su materna intercesión nuestra vida y la hora de nuestra muerte» (n. 33).

En este contexto, teológicamente tan profundo y sugerente, lo que el Papa dice respecto a María como modelo contemplativo adquiere particular fuerza, no exenta de un cierto atrevimiento, que pone de manifiesto, una vez más, la hondura, riqueza y variedad de matices y perspectivas que tiene la devoción personal de Juan Pablo II a la Madre de Dios:

«La contemplación de Cristo tiene en María su *modelo insuperable*. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre» (*Lc 2, 7*).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces *una mirada interrogadora*, como en el episodio de su extravío en el templo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?» (*Lc 2, 48*); será en todo caso *una mirada penetrante*, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (cf. *Jn 2, 5*); otras veces será *una mirada dolorida*, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la ‘parturienta’, ya que María no se limitará a compartir la pasión y la muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (cf. *Jn 19, 26-27*); en la mañana de Pascua será *una mirada radiante* por la alegría de la resurrección y, por fin, *una mirada ardorosa* por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (cf. *Hch 1, 14*).

(...) «*María propone continuamente a los creyentes los “misterios” de su Hijo*, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora. Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María» (nn. 10-11).

Apoyándome en estas expresiones del Papa, me atrevería a añadir no sólo que María no es un modelo más entre otros («modelo insuperable»), sino que es más que un modelo, en el sentido en que habitualmente entendemos esa palabra. La unión de María con Cristo es tan singular e irrepetible, su relación con la Trinidad es de tal naturaleza, que contemplándola a ella, contemplamos ya a Dios:

no porque sea Dios, que no lo es (a diferencia de su Hijo: contemplándole a Él, contemplamos a Dios, porque *es* Dios, además de conducirnos al Padre); sino porque toda ella (y sólo ella entre las criaturas) refleja y muestra, sin defecto, mancha ni arruga, las maravillas escondidas en la intimidad del mismo Dios. De hecho, toda la rica enseñanza de San Luis María Grignon de Montfort sobre el papel de la Virgen María en la vida espiritual (fuente decisiva, como es bien sabido y él mismo recuerda en esta carta, de la piedad personal y de la enseñanza de Juan Pablo II) gira en torno a esa relación singular María-Cristo, María-Dios.

4. LA CONTEMPLACIÓN COMO MIRADA DETENIDA Y PENETRANTE

Otro rasgo característico de la contemplación (o más bien, un conjunto de ellos) ha aparecido también subrayado desde la primera cita de la carta apostólica, y se expresa con particular brillantez en los párrafos de corte más mariano citados poco más arriba; un rasgo o un conjunto de rasgos que nos desvela, sin ir más lejos, el sentido más obvio de la misma palabra «contemplación»: contemplar es un mirar que se detiene, que se para, que no tiene prisa, que se deja llenar y conducir por lo que ve; un detenerse para admirar, para disfrutar, para gozar, para vivir con intensidad, con hondura, con amplitud; contemplar significa interrogar y descubrir, penetrar e iluminar, o mejor, dejarse iluminar; significa también recordar: actualizar lo contemplado, volverlo a contemplar, contemplarlo una y otra vez, hasta llegar a contemplarlo sin cesar... Y todo ello como fruto de un amor ardiente (amor que sólo el mismo Amor con mayúscula puede provocar en nuestras almas: contemplar es siempre don del Espíritu)... Y pasando por la cruz⁵...

5. Me parece significativo que el Papa insista en ello: en la contemplación dolorosa; que, desde luego, no significa triste —unión del dolor con el con gozo, la luz y gloria— ni, mucho menos, amarga o desesperada. El propio Juan Pablo II lo deja claro, al hablar de los misterios gloriosos: «La contemplación del rostro de Cristo no puede reducirse a su imagen de crucificado. ¡Él es el Resucitado!» (*Novo millennio ineunte*, n. 28). El Rosario ha expresado siempre esta convicción de fe, invitando al creyente a superar la oscuridad de la Pasión para fijarse en la gloria de Cristo en su Resurrección y en su Ascensión. Contemplando al Resucitado, el cristiano *descubre de nuevo las razones de la propia fe* (cf. *1 Co* 15, 14), y revive la alegría no solamente de aquellos a los que Cristo se manifestó —los Apóstoles, la Magdalena, los discípulos de Emaús—, sino también el *gozo de María*, que experimentó de modo intenso la nueva vida del Hijo glorificado. A esta gloria, que con la Ascensión pone a Cristo a la derecha del Padre, sería elevada Ella misma con la Asunción, anticipando así, por especialísimo privilegio, el destino reservado a todos los justos con la resurrección de la carne. Al fin, coronada de gloria —como aparece en el último misterio glorioso—, María resplandece como Reina de los Ángeles y los Santos, anticipación y culmen de la condición escatológica del Iglesia» (n. 23).

Buena parte de los consejos prácticos que el Papa da a lo largo de la carta para rezar mejor el Santo Rosario —por no decir todos—, se encaminan a facilitar la contemplación desde esta óptica esencial: inciden en el detenerse, en el penetrar, en el admirar, en el dejarse iluminar, etc. Por ejemplo, cuando habla de algo aparentemente tan sencillo como el enunciado del misterio al inicio de cada decena:

«Enunciar el misterio, y tener tal vez la oportunidad de contemplar al mismo tiempo una imagen que lo represente, es como *abrir un escenario* en el cual concentrar la atención. Las palabras conducen la imaginación y el espíritu a aquel determinado episodio o momento de la vida de Cristo. En la espiritualidad que se ha desarrollado en la Iglesia, tanto a través de la veneración de imágenes que enriquecen muchas devociones con elementos sensibles, como también del método propuesto por san Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, se ha recurrido al elemento visual e imaginativo (la *compositio loci*) considerándolo de gran ayuda para favorecer la concentración del espíritu en el misterio. Por lo demás, es una metodología que se *corresponde con la lógica misma de la Encarnación*: Dios ha querido asumir, en Jesús, rasgos humanos. Por medio de su realidad corpórea, entramos en contacto con su misterio divino» (n. 29).

En el fondo, pues, estamos ante algo más que un método concreto: estamos ante ese itinerario contemplativo que el mismo Dios nos ha abierto en su economía salvífica, con la Encarnación de su Hijo, y que hemos glosado en las páginas anteriores.

La referencia a las imágenes, a lo físico, a lo corpóreo como camino contemplativo, reaparece cuando el Papa habla de algo tan material y tan inseparable del rezo del Rosario que recibe habitualmente el mismo nombre que la oración propiamente dicha: la corona del rosario, el instrumento físico del rezo. La riqueza espiritual que extrae Juan Pablo II de ese sencillo instrumento, tan querido para la mayoría de los cristianos, es una prueba más de la hondura de su propia vida interior y de las posibilidades que se abren al alma que busca de verdad la intimidad con Dios:

«En la práctica más superficial, a menudo termina por ser un simple instrumento para contar la sucesión de las *Ave Maria*. Pero sirve también para expresar un simbolismo, que puede dar ulterior densidad a la contemplación.

A este propósito, lo primero que debe tenerse presente es que *el rosario está centrado en el Crucifijo*, que abre y cierra el proceso mismo de la oración. En Cristo se centra la vida y la oración de los creyentes. Todo parte de Él, todo tiende hacia Él, todo, a través de Él, en el Espíritu Santo, llega al Padre.

En cuanto medio para contar, que marca el avanzar de la oración, el rosario evoca el camino incesante de la contemplación y de la perfección cristiana. El Beato Bartolomé Longo lo consideraba también como una “cadena” que nos une a Dios. Cadena, sí, pero cadena dulce; así se manifiesta la relación con Dios, que es Padre. Cadena “filial”, que nos pone en sintonía con María, la “sierva del Señor” (*Lc* 1, 38) y, en definitiva, con el propio Cristo, que, aun siendo Dios, se hizo “siervo” por amor nuestro (*Flp* 2, 7).

Es también hermoso ampliar el significado simbólico del rosario a nuestra relación recíproca, recordando de ese modo el vínculo de comunión y fraternidad que nos une a todos en Cristo» (n. 36).

Con consideraciones paralelas, podemos encontrar cada uno variados caminos contemplativos en tantos otros elementos tradicionales de la piedad cristiana, que quizá a veces menospreciamos o no alcanzamos a valorar y a aprovechar plenamente, a pesar de que casi siempre, en su origen, hay una o más almas profundamente contemplativas; y muchas más en su difusión y popularización.

Otro elemento clave y tradicional de la contemplación cristiana, en el que se detiene el Santo Padre, enmarcado en este mismo objetivo, es el silencio, que ayuda al necesario recogimiento interior: «*La escucha y la meditación se alimentan del silencio* (...) El redescubrimiento del valor del silencio es uno de los secretos para la práctica de la contemplación y la meditación. Uno de los límites de una sociedad tan condicionada por la tecnología y los medios de comunicación social es que el silencio se hace cada vez más difícil» (n. 31).

De hecho, al hablar de contemplar, tendemos a referirnos sobre todo al sentido de la vista, quizá por ser el más completo y abarcante y el que intuitivamente también nos ayuda más a expresar lo que significa un conocimiento intuitivo y admirativo. Pero, en su acepción más propia, plena y profunda, contemplar incluye todos los sentidos internos y externos, y todas las potencias. Ya en la mera contemplación sensible de algo bello ocurre así: contemplar de verdad un hermoso paisaje es captar no sólo la luz, el color, las formas, la armonía física, etc., sino también los sonidos y los silencios, los olores, las sensaciones de conjunto... (para ello, paradójicamente, muchas veces hay que cerrar los ojos); dejar que la imaginación y la memoria entren también en esa sintonía...; y más aún, que el entendimiento sea arrastrado por esa experiencia, y dejarnos enamorar por lo que sentimos, hasta que llegue a penetrar en lo más hondo de nuestro ser. En definitiva, contempla toda la persona, en su unidad y en su riqueza.

La contemplación de Dios y lo divino incluye, con mucha más razón, toda esta riqueza y unidad de experiencia; aunque más bien, dado su carácter pro-

pio, brota de lo más hondo (ese «fondo del alma» tan querido de los místicos clásicos), y va llenando, desde ahí, las potencias y los sentidos; pero ese camino debe ser facilitado por nuestro silencio, recogimiento, escucha, atención..., para que no se nos escape buena parte o incluso todo lo que Dios hace brotar desde ese interior.

Algo particularmente bello puede tener la capacidad de atraer a alguien muy distraído (y Dios, en particular, sale tantas veces a nuestro encuentro en el momento más inesperado); pero habitualmente es el que está atento, más aún, el que busca, el que fomenta su propia capacidad de admirarse, de dejarse sorprender, arrastrar y llenar, el que disfruta a fondo de toda la riqueza de lo que se puede contemplar.

En este orden de ideas, el Santo Padre incide particularmente, siempre a la luz del ejemplo mariano, en el aspecto de actualización viva que supone la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, sacándole mucho partido al sentido bíblico del concepto de «memoria», utilizado con frecuencia de forma similar en la tradición mística cristiana, y conduciéndonos, a través de él, al decisivo papel de la liturgia en el espíritu contemplativo:

«La contemplación de María es ante todo *un recordar*. Conviene sin embargo entender esta palabra en el sentido bíblico de la memoria (*zakar*), que actualiza las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación. La Biblia es narración de acontecimientos salvíficos, que tienen su culmen en el propio Cristo. Estos acontecimientos no son solamente un “ayer”; *son también el “hoy” de la salvación*. Esta actualización se realiza en particular en la Liturgia: lo que Dios ha llevado a cabo hace siglos no concierne solamente a los testigos directos de los acontecimientos, sino que alcanza con su gracia a los hombres de cada época. Esto vale también, en cierto modo, para toda consideración piadosa de aquellos acontecimientos: “hacer memoria” de ellos en actitud de fe y amor significa abrirse a la gracia que Cristo nos ha alcanzado con sus misterios de vida, muerte y resurrección.

Por esto, mientras se reafirma con el Concilio Vaticano II que la Liturgia, como ejercicio del oficio sacerdotal de Cristo y culto público, es “la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”⁶, también es necesario recordar que la vida espiritual «no se agota sólo con la participación en la sagrada Liturgia. El cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su interior para orar al Padre, que ve en lo escondido (cf. *Mt* 6, 6); más aún: según enseña el

6. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum concilium*, n. 10.

Apóstol, debe orar sin interrupción (cf. *1 Ts* 5, 17)»⁷. El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración “incesante”, y si la Liturgia, acción de Cristo y de la Iglesia, es *acción salvífica por excelencia*, el Rosario, en cuanto meditación sobre Cristo con María, es *contemplación saludable*. En efecto, penetrando, de misterio en misterio, en la vida del Redentor, hace que cuanto Él ha realizado y la Liturgia actualiza sea asimilado profundamente y forje la propia existencia» (n. 13).

De esta forma, Juan Pablo II sale también al paso de la falsa contraposición que algunos han querido ver —también en nuestros días— entre liturgia y devoción popular, entre oración litúrgica y oración personal, etc. Sin entrar aquí en todas las ramificaciones de la cuestión y en las explicaciones teológicas que ayudan a enfocarla correctamente, sí quiero al menos subrayar cómo, precisamente, el concepto de contemplación es un camino para solucionar «por elevación» el problema: en efecto, al conducirnos directamente al núcleo del misterio (el mismo Dios, el mismo Jesucristo, la misma Redención), la actitud contemplativa nos ayuda a descubrir la unidad íntima que se da en toda experiencia y entre todas las experiencias genuinamente cristianas, y cómo todas ellas se enriquecen mutuamente, a la vez que nos unen íntimamente con el único Dios, origen, fin y razón de toda la vida espiritual.

5. LA «SENCILLEZ» DE LA CONTEMPLACIÓN

Lo dicho hasta aquí nos conduce de la mano a una de las paradojas características de la contemplación: toda esa riqueza va unida necesariamente a la sencillez, pues la infinita riqueza de Dios se da en la absoluta simplicidad de su unidad. De nuevo, el mismo vocablo lo expresa en su acepción más natural: contemplar es un acto simple e intuitivo, pero pleno, lleno de contenido. No se trata de la sencillez del que se queda con poco o con uno solo, prescindiendo de lo demás; sino la del que, en uno solo, lo ve todo, apreciando así la unidad en los detalles, y los detalles en su armoniosa unidad.

Contemplar una obra de arte, un paisaje hermoso, etc., no es «estudiarlo», «analizarlo», «racionalizarlo», «descomponerlo»; pero el que contempla de verdad, detenidamente, hondamente, no se pierde detalle, aunque probablemente no sabrá expresar técnicamente esos detalles, o el porqué de cada uno y de su conjunto, si además no los estudia con una cierta sistemática.

7. *Ibidem*, n. 12.

Por eso, contemplación y estudio científico no se oponen, sino que se complementan. Los grandes genios de la ciencia han sido también, habitualmente, grandes contemplativos: más de una vez han «contemplado» la solución, antes de demostrarla o comprobarla científicamente; más aún, probablemente nunca la hubieran demostrado, si antes no la hubieran contemplado; y al mismo tiempo, la ciencia les ha llevado a contemplar más y mejor su objeto, a admirar la verdad, a amar la verdad... (De ahí, que un camino científico honradamente recorrido, con verdadero amor a la verdad y espíritu contemplativo, se abre también a Dios, la Verdad suprema y más atractiva y atrayente).

Paralelamente, en la historia de la espiritualidad cristiana, la «meditación» nunca se ha opuesto a la «contemplación», salvo en algunas tendencias extremas y determinados movimientos problemáticos, si no decididamente heréticos. En la presente carta sobre el Rosario, el Papa Juan Pablo II nos presenta repetidamente la armonía entre la actitud meditativa y la actitud contemplativa, en particular siguiendo el modelo de María, y ante los misterios de la vida del Señor; hasta el punto de que, con frecuencia, parecen confundirse las dos actitudes, los dos conceptos; aunque más bien —como también muestra la mejor y más común tradición espiritual— es la meditación la que se sumerge en la contemplación, y no a la inversa.

Por otra parte, contemplar es también conocer, entender, comprender; aunque de una forma diversa a la demostración, al raciocinio, etc. De hecho, la contemplación es una penetración en el misterio de Dios que, en cierto sentido, va más allá que la teología científica: no porque desvele el misterio (dejaría de serlo), sino precisamente porque lo muestra más como tal misterio; es decir, muestra mejor su grandeza y, por tanto, también mejor su inaccesibilidad (el famoso «no entender entendiendo» de los místicos clásicos); y todo ello, porque nos pone en contacto personal con el Señor. Lo expresa muy certeramente una frase del Papa en la carta: «No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de *“comprenderle a Él”*» (n. 14).

Esto nos desvela algo más de lo que significa «sencilla» o «simple», referido a la contemplación: mira directamente a la Persona de Cristo, y en Él, contempla todo lo suyo, contempla al Padre, al Espíritu Santo, etc. Mientras que la meditación, o la misma reflexión teológica en sentido técnico (en sentido amplio, también la contemplación es teología) funcionan más bien al revés: descomponen y dividen para llegar desde ahí a la unidad. Por esto también, contemplación y meditación, o contemplación y estudio, contemplación e investigación científica, no se contraponen entre sí.

En esta línea de pensamiento, me parece muy sugerente cómo el Santo Padre valora precisamente la «sencillez» del Rosario en su formalidad, como

oración vocal, en relación con esa otra sencillez característica de la contemplación más profunda, y por tanto como camino hacia ella, hacia la santidad. Basta releer el mismo arranque del documento:

«El Rosario de la Virgen María, difundido gradualmente en el segundo Milenio bajo el soplo del Espíritu de Dios, es una oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio. En su sencillez y profundidad, sigue siendo también en este tercer Milenio apenas iniciado una oración de gran significado, destinada a producir frutos de santidad. Se encuadra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, después de dos mil años, no ha perdido nada de la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a “remar mar adentro” (*duc in altum!*), para anunciar, más aún, “proclamar» a Cristo al mundo como Señor y Salvador, “el Camino, la Verdad y la Vida” (*Jn 14, 6*)» (n. 1).

Poco después, en un pasaje expresamente autobiográfico, en el que el Papa nos abre su alma con naturalidad, recuerda unas palabras suyas de los primeros días de su pontificado, que inciden en la misma idea: «El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad» (n. 2).

6. EL CAMINO DE LA CONTEMPLACIÓN

Juan Pablo II también recuerda en *Rosarium Virginis Mariae* otra enseñanza sobre la contemplación repetida en la tradición espiritual cristiana: su carácter de don divino, y por tanto, la necesaria actitud receptiva del cristiano ante ese don. Una actitud que no significa pasividad, sino apertura activa, en la humildad y el abandono:

«A la contemplación del rostro de Cristo sólo se llega escuchando, en el Espíritu, la voz del Padre, pues “nadie conoce bien al Hijo sino el Padre” (*Mt 11, 27*). Cerca de Cesarea de Felipe, ante la confesión de Pedro, Jesús puntualiza de dónde proviene esta clara intuición sobre su identidad: “No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (*Mt 16, 17*). Así pues, es necesaria la revelación de lo alto. Pero, para acogerla, es indispensable ponerse a la escucha: “Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio”⁸» (n. 18).

8. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 20.

En este contexto, se comprende la importante advertencia que realiza el propio Pontífice más adelante, sobre posibles métodos útiles para disponerse al don de la contemplación; una advertencia que se sitúa claramente en el horizonte de la enseñanza de la carta *Orationis formas*, que publicó la Congregación para la doctrina de la fe en el año 1989:

«En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he recordado que en Occidente existe hoy también *una renovada exigencia de meditación*, que encuentra a veces en otras religiones modalidades bastante atractivas⁹. Hay cristianos que, al conocer poco la tradición contemplativa cristiana, se dejan atraer por tales propuestas. Sin embargo, aunque éstas tengan elementos positivos y a veces compaginables con la experiencia cristiana, a menudo esconden un fondo ideológico inaceptable. En dichas experiencias abunda también una metodología que, pretendiendo alcanzar una alta concentración espiritual, usa técnicas de tipo psicofísico, repetitivas y simbólicas. El Rosario forma parte de este cuadro universal de la fenomenología religiosa, pero tiene características propias, que responden a las exigencias específicas de la vida cristiana» (n. 28).

La *Orationis formas*, en efecto, pone el acento, por una parte, en el carácter personal de la oración cristiana, como diálogo de la persona humana con las Personas divinas y encuentro de dos libertades (la infinita divina y la finita humana), frente a las tendencias panteístas y de inmersión en el propio yo características de las técnicas psicofísicas provenientes, sobre todo, de religiones orientales. Por otra, más en general, previene frente a los peligros de una excesiva metodización de la vida de oración, y más todavía del camino hacia la contemplación y la experiencia mística, en cuanto don de Dios¹⁰. Me parece que en esa misma línea se encuadra lo que el Papa dice a continuación del párrafo citado:

«En efecto, el Rosario es *un método para contemplar*. Como método, debe ser utilizado en relación al fin y no puede ser un fin en sí mismo. Pero tampoco debe infravalorarse, dado que es fruto de una experiencia secular. La experiencia de innumerables Santos aboga en su favor. Lo cual no impide que pueda ser mejorado. Precisamente a esto se orienta la incorporación, en el ciclo de los misterios, de la nueva serie de los *mysteria lucis*, junto con algunas sugerencias sobre el rezo del Rosario que propongo en esta Carta. Con ello, aunque respetando la estructura firmemente consolidada de esta oración, quiero ayudar a los fieles a comprenderla en sus aspectos simbólicos, en sintonía con las exigencias de la vida cotidiana. De otro modo, existe el riesgo de que esta oración

9. Cfr. *ibidem*, n. 35.

10. Cfr. toda la carta, y en particular los nn. 3, 10-12, 16, 19, 23 y 28.

no sólo no produzca los efectos espirituales deseados, sino que el rosario mismo con el que suele recitarse, acabe por considerarse como un amuleto o un objeto mágico, con una radical distorsión de su sentido y su cometido» (n. 28).

En el camino de la contemplación conviene mantener, pues, un equilibrio, no siempre fácil en la práctica: un equilibrio entre la libertad personal de cada cristiano en su vida interior, la insondable libertad de la acción divina en el alma, y el oportuno aprovechamiento de la multiseccular experiencia de la Iglesia, reflejada en este caso, sobre todo, en la vida y la enseñanza de tantos Santos, que nos proponen criterios y caminos de demostrada eficacia para avanzar en nuestra vida interior.

Los mismos consejos que da el Papa en esta carta, sobre la forma de contemplar los misterios del Rosario, están inspirados en esas enseñanzas y experiencias tradicionales, manteniendo un amplio margen de libertad; y son perfectamente aplicables a otras oraciones vocales, a los momentos de oración personal, a la búsqueda de la oración continua, etc.

7. CONTEMPLACIÓN Y EVANGELIZACIÓN

Otro de los temas clásicos de la teología en torno a la contemplación es el de su relación con la acción. Juan Pablo II no afronta en esta carta ese tema teológico en cuanto tal, con sus diferentes problemáticas y soluciones o explicaciones; pero late continuamente en sus palabras la esencial proyección apostólica, evangelizadora y vivificadora del mundo que tiene toda oración cristiana, y en particular la oración contemplativa.

El arranque del documento, citado poco más arriba, es ya programático en este sentido; y todavía en los números introductorios, afirma con claridad: «El Rosario, comprendido en su pleno significado, conduce al corazón mismo de la vida cristiana y ofrece una oportunidad ordinaria y fecunda, espiritual y pedagógica, para la contemplación personal, la formación del Pueblo de Dios y la nueva evangelización» (n. 3).

Avanzada ya la carta, el Papa se detiene un poco más en la proyección apostólica del Rosario, poniendo el acento una vez más en lo contemplativo de esa oración:

«El Rosario es también *un itinerario de anuncio y de profundización*, en el que el misterio de Cristo es presentado continuamente en los diversos aspectos de la experiencia cristiana. Es una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el corazón de Cristo. Efectivamente, si en el re-

zo del Rosario se valoran adecuadamente todos sus elementos para una meditación eficaz, se da, especialmente en la celebración comunitaria en las parroquias y los santuarios, una *significativa oportunidad catequética* que los Pastores deben saber aprovechar. La Virgen del Rosario continúa también de este modo su obra de anunciar a Cristo. La historia del Rosario muestra cómo esta oración ha sido utilizada especialmente por los Dominicos, en un momento difícil para la Iglesia a causa de la difusión de la herejía. Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido? El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador» (n. 17).

Resulta fácil proyectar estas ideas hacia otras oraciones, hacia la vida de oración en su conjunto, y comprender su creciente eficacia evangelizadora en la medida en que crecen también esas características contemplativas que venimos subrayando, a la luz de la enseñanza papal.

Las palabras de Juan Pablo II nos desvelan también la raíz teológica de estas consideraciones: ese «modelar al cristiano según el corazón de Cristo», que es fruto de la auténtica oración contemplativa, conduce necesariamente a «anunciar a Cristo» de forma eficaz: la identificación con su Persona no se puede separar de la identificación con su misión. El ejemplo de María es, una vez más, paradigmático en este sentido.

Desde otra perspectiva, la de Pentecostés, el Santo Padre vuelve sobre la proyección evangelizadora de un Rosario contemplativo: «En el centro de este itinerario de gloria del Hijo y de la Madre, el Rosario considera, en el tercer misterio glorioso, Pentecostés, que muestra el rostro de la Iglesia como una familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa del Espíritu y dispuesta para la misión evangelizadora. La contemplación de éste, como de los otros misterios gloriosos, ha de llevar a los creyentes a tomar conciencia cada vez más viva de su nueva vida en Cristo, en el seno de la Iglesia; una vida cuyo gran “icono” es la escena de Pentecostés. De este modo, los misterios gloriosos alimentan en los creyentes la *esperanza en la meta escatológica*, hacia la cual se encaminan como miembros del Pueblo de Dios peregrino en la historia. Esto les impulsará necesariamente a dar un testimonio valiente de aquel “gozoso anuncio” que da sentido a toda su vida» (n.23).

Esta relación acción-contemplación que late en toda la carta de Juan Pablo II sobre el Rosario incluye un fuerte acento en la acción apostólica entendida como inserción en el mundo y en la sociedad, como evangelización y cristianización de las mismas realidades humanas; y además, en la doble dirección: la oración que influye en la vida ordinaria, y la vida ordinaria que alimenta la oración:

«Al mismo tiempo nuestro corazón puede incluir en estas decenas del Rosario todos los hechos que entran en la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas más cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana» (n. 2).

En particular, hay dos amplios campos de la vida contemporánea, la familia y la paz, sobre los que el Papa proyecta ese decisivo influjo del Rosario y de la oración en general. Precisamente en el contexto del tema central de estas reflexiones, la contemplación, quiero aquí subrayar el acento que pone el Santo Padre no sólo en el «valor impetratorio» que posee esta oración mariana, para alcanzar de Dios la solución a los graves problemas que en esos decisivos ámbitos se nos presentan, sino, más todavía, en su «valor contemplativo»: es decir, en esa luz y esa fuerza intrínsecas que brotan de la íntima unidad entre oración y vida, a la que acabamos de hacer referencia, cuando la oración es auténticamente contemplativa, y que permite valorar esos problemas desde una óptica más cristiana —más divina y, por eso mismo, más humana—, y afrontarlos con más decisión, con más esperanza, con más eficacia. O mejor dicho aún: contemplar a Dios mismo en esos problemas, contemplarlos con Él, en Él y por Él; y así afrontarlos también con Él, por Él y en Él.

Más en general, cuando se plantea la oración, de forma predominante o incluso exclusivamente, como oración de petición, no sólo se está reduciendo equivocadamente algo mucho más rico y abarcante a uno de sus aspectos —por importante y necesario que éste sea—, sino que ese mismo aspecto se empobrece al separarlo de los demás: sólo pedir significa pedir mal, incluso pedir poco. En cambio, una oración decididamente orientada hacia la contemplación, y a una contemplación con la hondura y calidad con que aquí la presenta el Santo Padre, no sólo no pierde nada de su riqueza impetratoria —¡ante todo es verdadera oración, con todas sus consecuencias!—, sino que la lleva a su máxima expresión y eficacia. Entre otras cosas, porque compromete a la persona entera en el objetivo a alcanzar: se pasa de un abandono en Dios más bien «pasivo» (le pido a Dios... y que Él se encargue; lo que con demasiada frecuencia acaba llevando al «Dios no me escucha», «no me hace caso», y a acabar «abandonando» la oración, pensando que no es eficaz), a un abandono «activo», que es el verdadero abandono: plena confianza en Dios como único valedor, sí, pero con pleno compromiso personal en esa tarea, realizada responsablemente de su mano.

Me parece que todo esto se encierra tras las palabras del Papa sobre el Rosario en relación con la paz y con la familia, más allá del simple pedir por esas intenciones, desgranando las cuentas: «Promover el Rosario significa sumirse en

la contemplación del misterio de Aquél que «es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad» (*Ef* 2, 14). No se puede, pues, recitar el Rosario sin sentirse implicados en un compromiso concreto de servir a la paz, con una particular atención a la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano (...) En el marco de una pastoral familiar más amplia, fomentar el Rosario en las familias cristianas es una ayuda eficaz para contrastar los efectos desoladores de esta crisis actual» (n. 6).

Al final de la carta, vuelve a detenerse particularmente en la relación del Rosario con la paz, también con un marcado acento contemplativo, más allá de la mera impetración; acento contemplativo que se proyecta tanto en crecimiento interior del orante como en fuerza exterior santificadora. De hecho, estos párrafos de la carta, casi conclusivos, tienen un claro sabor de síntesis de todo lo dicho, aunque aparentemente se detengan en un tema concreto como la paz; y nos desvelan las numerosas posibilidades que se abren a un alma contemplativa, para servir de verdad y con eficacia a los demás y a la sociedad, ante las necesidades más apremiantes de la humanidad en nuestros días:

«El Rosario es *una oración orientada por su naturaleza hacia la paz*, por el hecho mismo de que contempla a Cristo, Príncipe de la paz y “nuestra paz” (*Ef* 2, 14). Quien interioriza el misterio de Cristo —y el Rosario tiende precisamente a eso— aprende el secreto de la paz y hace de ello un proyecto de vida. Además, debido a su carácter meditativo, con la serena sucesión del *Ave Maria*, el Rosario ejerce sobre el orante una acción pacificadora que lo dispone a recibir y experimentar en la profundidad de su ser, y a difundir a su alrededor, paz verdadera, que es un don especial del Resucitado (cf. *Jn* 14, 27; 20, 21).

Es además oración por la paz por la caridad que promueve. Si se recita bien, como verdadera oración meditativa, el Rosario, favoreciendo el encuentro con Cristo en sus misterios, muestra también el rostro de Cristo en los hermanos, especialmente en los que más sufren. ¿Cómo se podría considerar, en los misterios gozosos, el misterio del Niño nacido en Belén sin sentir el deseo de acoger, defender y promover la vida, haciéndose cargo del sufrimiento de los niños en todas las partes del mundo? ¿Cómo podrían seguirse los pasos del Cristo revelador, en los misterios de la luz, sin proponerse el testimonio de sus bienaventuranzas en la vida de cada día? Y ¿cómo contemplar a Cristo cargado con la cruz y crucificado, sin sentir la necesidad de hacerse sus “cireneos” en cada hermano aquejado por el dolor u oprimido por la desesperación? ¿Cómo se podría, en fin, contemplar la gloria de Cristo resucitado y a María coronada como Reina, sin sentir el deseo de hacer este mundo más hermoso, más justo, más cercano al proyecto de Dios?

En definitiva, mientras nos hace contemplar a Cristo, el Rosario nos hace también constructores de la paz en el mundo. Por su carácter de petición insistente y comunitaria, en sintonía con la invitación de Cristo a “orar siempre sin desfallecer” (*Lc* 18,1), nos permite esperar que hoy se pueda vencer también una ‘batalla’ tan difícil como la de la paz. De este modo, el Rosario, en vez de ser una huida de los problemas del mundo, nos impulsa a examinarlos de manera responsable y generosa, y nos concede la fuerza de afrontarlos con la certeza de la ayuda de Dios y con el firme propósito de testimoniar en cada circunstancia la caridad, “que es el vínculo de la perfección” (*Col* 3, 14)» (n. 40).

También aquí el propio Juan Pablo II nos facilita las claves teológicas de estas consideraciones de tipo más práctico y pastoral, reconduciéndonos a una de las enseñanzas más constantes y decisivas en todo su largo y fructífero pontificado, enseñanza que se haya también en el núcleo de una honda comprensión teológica de la contemplación cristiana:

«Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en Él la *verdad sobre el hombre*. Ésta es la gran afirmación del Concilio Vaticano II, que tantas veces he hecho objeto de mi magisterio, a partir de la Carta Encíclica *Redemptor hominis*. “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado”¹¹. El Rosario ayuda a abrirse a esta luz. Siguiendo el camino de Cristo, el cual “recapitula” el camino del hombre¹², desvelado y redimido, el creyente se sitúa ante la imagen del verdadero hombre. Contemplando su nacimiento aprende el carácter sagrado de la vida, mirando la casa de Nazaret se percata de la verdad originaria de la familia según el designio de Dios, escuchando al Maestro en los misterios de su vida pública encuentra la luz para entrar en el Reino de Dios y, siguiendo sus pasos hacia el Calvario, comprende el sentido del dolor salvador. Por fin, contemplando a Cristo y a su Madre en la gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja sanar y transfigurar por el Espíritu Santo. De este modo, se puede decir que cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre» (n. 25).

Javier Sesé
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

11. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 22.

12. S. IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, III, 18,1: PG 7, 932.